

A mis hijos Rubén,  
Fidias y Vida, esta  
obra en que hay seres que  
saben vivir y morir y  
también triunfar

S. Sewe de Cordero

Ltgo 1927

4.03

280

Alberto Reed.

Av. Loncha 401

43300

Mientras los montañeses caían, el grito  
 de maquinaria hacía sonar el estridente pi-  
 to que "traspasaba los sentidos" y la campañ-  
 a, alegre como una quinceañera colmaba  
 los ámbitos y los corazones con su generoso  
 lllover de sonidos. Los bueyes mansos y buenos,  
 escapaban arrastrando sus ~~miembros~~ <sup>miembros</sup> con los mi-  
 nuscúlas <sup>caballitos cerreros</sup> carreritas doradas a borque. **Huían**  
 los pequeños y sin herrajes, y los perros **sin correa**,  
 erizados los lomos, dispuesto al ladrido, mezcla  
 de queja y bravura. La onda de espeluznamiento  
 todo lo había envuelto. ~~Los~~ ~~montañeses~~  
~~de~~ ~~la~~ ~~comisión~~ Los montañeses y los habitantes  
 del huape recordarian <sup>también</sup> hasta viejos el susto de  
 aquel momento.

Lantaro, aldea de tres calles paralelas, orien-  
 tadas de norte a sur y varias de oriente a me-  
 riente que las cortaban perpendicularmente.  
 recordaría el acontecimiento. La aldea se  
 cortaba sobre la Sierra del Cñelol - el Cñilol  
 de los campesinos - y se bañaba en el Bantón  
 pequeño y grande. Daba, Lantaro su primer  
 paso por el camino de las Ciudades.

Antes del arribo del ferrocarril que tantas a-  
 necdotas grabara, era algo así como una planta  
 campesina de grutos rudimentarios. Tenían a  
 lli sus residencias, los agricultores dueños  
 de las tierras Comarcanas. Eran casas de ma-  
 dera, sin elegancia ni estilo, pero aptas para  
 resistir a las terribles lluvias, ya los nortes bus-  
 madores. También tenían sus casas los emplea-  
 dos de la Administración Pública, algunos traba-  
 jadores y varios pequeños comerciantes.



2. Continúa

una fuerza fragmentada que neutraliza  
sobre las autoridades que, puestos el ojo ven-  
gador temían en ellos. Lanzaron pedradas  
tranquila, tranquila: la montaña acoge-  
dora del hombre <sup>sedentario</sup> de la tierra, <sup>silente</sup> que  
obedecía a un amo y manejaba su hacha,  
fabricadora de carriles, yugos y tablas.

Era la locomotora sin parias de acero y  
marroña, también para esos hombres algo  
diabólico o cosa de brujería. Andaba sola,  
bufaba en forma amenazante y se dete-  
nía ante nadie. Los carrileros contaban  
anécdotas. Unos viejos de barbas blancas y  
abundante, acompañados de un asno y un  
arrugada decían:

- Mira ahí viene el tren, persiguenlo.

- Creo en Dios Padre Cooperero. Anda sola.

- No de tener miedo a los caballos.

- Qué puertasa que resuello.

- ¿Eso tiene caballo? el diablo andará en la  
quinta.

La locomotora se acercaba rápidamente  
de lanzando un grito de desafío. Cuando  
me atajo! quise me atajo! Llegó a la es-  
tación y los montañeses se caían de es-  
palda, y allí se quedaban. Creían que era el  
acero del mundo. Y habían bajado de su  
caña a ver el tren...

Los carrileros tendrían su parte  
de la vida.

de vinos y convertibles, <sup>los</sup> ~~tantos~~ quince  
 lleros y, acaso algun croquis de casa de a-  
 mor, pues nunca faltan a la sombra de  
 las apetitos de los hombres que esthan de paso,  
 lejos de sus hogares o habitantes que quieren  
 divertirse con el vino y la mujer que  
 son los más voluptuosos y, acaso, los  
 más simituros.

Pero <sup>arribaron</sup> ~~llegaron~~ los carrioleros, allí se ins-  
 talaron las faenas - filas dexian los carri-  
 lanos - con ellos, llegó el dinero, el movi-  
 miento, la alegría, la tragedia y la au-  
 bición.

Algunos hombres industrieros instalaron  
 trabajos, otros lucieron caras de madre, co-  
 mo las que habian antes, pero mejores, más  
 confortables. La aldea, remozada, empezó a  
 sentir ~~al~~ inquietudes. Se instaló una  
 iglesia, una escuela pagá. Eran unas  
 escuelas que <sup>funcionaban</sup> ~~instalaba~~ en el propio hogar,  
 alguna reñosa paciente que leer, escribir  
 y hacer algunos números sabia. Acu-  
 dian los muchachos a aprender en sus rila-  
 barios de Sarmiento. Delitaban a qui-  
 to alzado, Merando con su sonoridad  
 un buen sector de la población.

Pero, acudieron otros comerciantes, más  
 hábiles o más inscrupulosos, fueron los



El viejo respondia:

- Por ahí están Culianchitas Toitas.  
Vengan niñas. No se recorde joven, to-  
das las mujeres se ponen así.

Pero el negocio creció con el ferraca-  
vil, las Culianchitas, que eran muchachas  
aprobables. se casaron con gingos, muy  
aficionados - entre los colonizadores de es-  
tas latitudes - al hogar. A la montaña  
fueron las cuatro muchachas acompa-  
ñando a ruidos colonos. No es impo-  
sible que hayan sido felices.

Muchas mujeres que llevan por bien o  
por mal a tierras que recién se civili-  
zan, se casan con los que a ellas se afi-  
cianan. <sup>Estos</sup> Las conducen a las serranías  
adonde trabajan para labrar un porve-  
nir. y fama es, que siempre salen bene-  
ficas.

La cara <sup>fundada por ellas</sup> ~~se casó~~ <sup>(y aprovechó después)</sup> cuatro niñas quedó  
"Bautirada" con el nombre de cara de  
las Culianchitas.

Eran pintorescas las costumbres de es-  
tas ciudades en gestación. Un alcaide, des-  
deñó que todas las puertas y ventanas de las  
casas de andar se pintaran de verde. Nació  
de esa realización un insulto muy ofen-  
sivo: china puertas verdes. También se ar-  
caba que un chusco dijo al conocer la ex-

teron: eran generos Juan del Encina y Lope de Rueda, lo que tambien el Manco de Lepanto. Miraron hacia el teatro alijetivo norteamericano y encontraron la formula: asuntos interesantes, profundamente humanos, tecnica simple y epica, actual dentro de una trayectoria vivida asuonivamente del tiempo. Acertaron.

La confesion central del momento es grande. Si se revisa lo realizado en 1954, se vera que han subido al escenario desde el Oratorio de San del hasta los sainetes de Lope de Vega pasando por el señor Jacinto Benavente. No hay una norma; ademas, el publico de cari todo no quiere nada con los autores autotomos, se niega, sin examen, a aceptarlos.

La razon de este devio tiene su su justificacion: el teatro se ha bia industrializado. ¿Queris conocer la formula de Valardes, don Alberto, pues aqui va el aqui:

Un patio de conventillo,  
un italiano megal,  
un yoyoteo retomas,  
una percaita, un virado,



7 Contin  
don alcaldía

-Va a faltar la pintura...

La calle principal de Lantaro era an-  
tes la que desembocaba en el recinto de  
la estación del ferrocarril, el edificio más  
importante de la localidad. Naturalmente  
allí estaba el comercio, casi todo centro.  
Cada por quinchos, las tabernas y taberne-  
chas más ordenadas, y las casas de amos  
de mejor categoría. Se habría dicho  
que el pueblo había nacido para entrete-  
ner los viejos, y que la Junta Muni-  
cipal <sup>actuaba</sup> de regente de todos <sup>esos</sup> nego-  
cios que en otras partes eran en tanto re-  
pudiables.

Resultaba lógico que las autoridades se dividie-  
ran sin mayor descombolso, algunas  
funcionarias debían de gobernar los que todo lo  
permitían.

En el tiempo en que los carrilanos tenían  
allí sus facuas, corría mucho dinero y  
también un poco de sangre; se vieron he-  
rreas peleas a cuchillo, falta de respeto a  
las <sup>madantes</sup> autoridades y otras conveniencias. Era  
algo violentos esos hombres, no aguantaban  
pelo en el lomo, a la injuria respon-  
dían con injuria; con fuerza a la fuerza.  
Eh. y con sus cueros al revólver.

Los labriegos esmericanos, capaces de  
trasmontar las cordilleras con sus espas-